

SEMIÓTICA, FILOSOFÍA, LENGUAJES: UN INTENTO DE SÍNTESIS

La larga tradición filosófica sobre la que se basa la moderna teoría semiótica, junto con la diversidad y amplitud de perspectivas que engloba, han hecho de esta disciplina un campo de estudio de creciente interés tanto para los filósofos como para los lingüistas contemporáneos. A pesar de ello, el interés por este tema en el mundo angloparlante parece reducirse a su estudio desde el punto de vista histórico o literario, éste último tras las huellas de la semiología europea, olvidando que se trata de una disciplina intrínsecamente unificada, y, fundamentalmente, de gran alcance filosófico.

D.S. Clarke, Jr. ha caído en la cuenta de este hecho y su libro *Principles of Semiotic** es un intento, en las propias palabras del autor, de reestablecer la semiótica sobre la base de unos principios más coherentes con su historia, en especial con las directrices marcadas por Peirce y Morris. Además, el autor incorpora puntos de vista de diversos filósofos contemporáneos, tales como Austin, Grice, Strawson, Bennet y Lewis, cuyas contribuciones a la filosofía del lenguaje ofrecen nuevas e interesantes perspectivas sobre el tema.

El libro está dividido en dos partes. La primera de ellas, que abarca los capítulos I y II, ofrece una visión de conjunto sobre la que se basarán las discusiones más específicas que el autor emprende en la segunda parte. El capítulo I es una breve introducción al papel que puede desempeñar la semiótica en el estudio del lenguaje. Para ello, el autor analiza primeramente los dos métodos que han dominado la filosofía contemporánea a la hora de estudiar el uso y la interpretación del lenguaje: la lógica simbólica, por una parte, y el método descriptivo, por otra. Tanto el análisis lógico, utilizado y extendido por Bertrand Russell, como la escuela filosófica fundada por Wittgenstein, Austin, Ryle, y Strawson, dedicada a la descripción del uso de las diferentes categorías del lenguaje, han fracasado como teorías suficientemente explicativas del lenguaje.

* D.S. Clarke, Jr. *Principles of Semiotic*. London and New York: Routledge & Kegan Paul, 1987.

La semiótica, sin embargo, ofrece la posibilidad de estudiar aquellos rasgos del lenguaje humano que son comunes a otros signos menos complejos, y de distinguir, por tanto, aquellos otros que le son exclusivos y lo separan de otros tipos de comunicación animal. La semiótica intenta, en definitiva, desarrollar una clasificación vertical de los signos dentro de diferentes niveles de complejidad, desde los sucesos naturales como objetos de interpretación, las señales sin estructura gramatical, y finalmente, las oraciones como aquellos elementos fundamentales de la comunicación humana. Los rasgos esenciales y necesarios del lenguaje serán, por tanto, aquellos que son invariables a todos los signos, y que distinguen a los signos lingüísticos como una categoría superior de otros signos menos evolucionados. El método utilizado consiste en extender analógicamente aquellos rasgos — los que se ha llegado inicialmente analizando el uso del lenguaje— a otros signos más primitivos. Una vez descritos esos signos más primitivos, se puede determinar con más exactitud qué rasgos del lenguaje son necesarios y esenciales. Se parte, por tanto, de una caracterización del lenguaje general y aproximada, para llegar por este procedimiento comparativo a una comprensión más exacta y fiable.

Aunque los filósofos del lenguaje han seleccionado aquellos rasgos del lenguaje que son extensibles a otros niveles más primitivos de comunicación, sin embargo, argumenta D.S. Clarke, no han explicado las razones de su elección. A pesar de la larga existencia de la semiótica como subdisciplina dentro de la filosofía desde la época medieval, su papel como método explicativo del funcionamiento del lenguaje ha sido prácticamente ignorado por las escuelas de filosofía del lenguaje contemporáneas. La consecuencia más llamativa de este abandono ha sido el análisis y la interpretación del lenguaje como algo aislado e independiente de otros signos no lingüísticos.

En el capítulo II del libro, el autor emprende precisamente la tarea de investigar las razones de este aislamiento trazando una breve revisión histórica del tema. Con ello se intentan poner de manifiesto las dificultades que han impedido el que la semiótica ocupe actualmente el lugar que le pertenece entre las disciplinas que estudian el lenguaje. Para ello, el autor analiza esquemáticamente las principales controversias que ha habido desde el período clásico —pasando por San Agustín y sus sucesores, hasta llegar a la época moderna con Peirce y Saussure, y finalmente las contribuciones de los semióticos conductistas, en especial de Charles Morris— con respecto a la naturaleza de los signos, en especial las características de los signos naturales, y sus relaciones con los signos lingüísticos. Tomando a Peirce como paradigma, el autor adopta aquella concepción de la disciplina que incluye en su campo de estudio signos

tanto lingüísticos como no-lingüísticos, distinguiendo de esta manera a la semiótica de la filosofía del lenguaje y de la semiología.

Desde este punto de vista, D.S. Clarke dedica los tres últimos capítulos, que constituyen la segunda parte del libro, al estudio de los rasgos esenciales de los signos en sus diferentes niveles de complejidad. Partiendo del nivel más simple, el autor se centra en el capítulo III en los llamados signos naturales, que él denomina “natsigns”, para distinguirlos de los signos naturales de la tradición medieval, que no son más que ejemplos de evidencias o sucesos que precisan una generalización lingüística para su interpretación (los síntomas médicos de una enfermedad, el humo como signo de fuego, etc...). En este sentido, Clarke excluye también de esta clasificación los índices de Peirce y las imágenes sensoriales y materiales de filósofos como Reid y Arnauld. En el caso de éstos últimos, argumenta Clarke, no son más que diferentes formas de observación de los objetos de la realidad, no signos que representan objetos. Los signos naturales, por su parte, son aquellos sucesos dotados de significación para un intérprete, que carecen de intención comunicativa, y cuya interpretación no requiere una inferencia a partir de una generalización lingüística. Los signos naturales contrastan así con los signos comunicativos, es decir, los signos que se utilizan e interpretan en el proceso de comunicación.

La naturaleza exacta de este contraste se pone de manifiesto en el capítulo IV, dedicado al análisis de los llamados “comsigns”, término que Clarke ha tomado prestado de Morris, quien, por otra parte, le asigna un significado ligeramente distinto. Utilizando la teoría de H.P. Grice del significado “no-natural” —que permite distinguir los signos producidos con propósito comunicativo o “comsigns” de los signos naturales o “natsigns”— Clarke delimita el concepto de “comsign” y lleva a cabo una subclasificación de este tipo de signos en genuinos y degenerados. Los genuinos se subdividen a su vez en no convencionales y convencionales, siendo estos últimos en los que se centra la discusión por ser característicos del lenguaje humano. Tras analizar los rasgos principales de la señal, entendida como aquel tipo de signo comunicativo que carece de estructura gramatical, el autor dedica la última sección de este capítulo a intentar especificar aquellos rasgos del lenguaje humano que lo distinguen de otros sistemas de comunicación.

El capítulo V se centra finalmente en aquellos signos específicamente característicos del lenguaje humano, y que D.S. Clarke, siguiendo de nuevo a Morris, denomina “lansigns”. Para ello, el autor empieza por esbozar algunos de los rasgos básicos de las oraciones con estructura sujeto-predicado, para dedicar el resto de la discusión a una serie de temas controvertidos en filosofía del lenguaje, a saber, la relación entre el sujeto gramatical de una oración y su referente, la relación entre el significado de

una oración y su fuerza ilocucionaria, y las funciones de los pronombres personales de primera y segunda persona. En todas estas áreas la perspectiva proporcionada por la semiótica posibilita la clarificación de una serie de problemas suscitados en torno a ellas y ofrece nuevas vías de solución. La última sección esboza algunos de los rasgos específicos de la oración dentro del contexto del discurso.

A pesar de la falta de profundización que puede achacarse al último capítulo, el dedicado al estudio de los signos específicos del lenguaje humano, —el de mayor interés para lingüistas y demás estudiosos del lenguaje— el libro, en general, es un estudio bien estructurado y desarrollado. Es de agradecer, además, la exposición concisa y clara con la que el autor intenta hacer asequibles al mayor número posible de lectores las difíciles cuestiones filosóficas que se abordan, sin menoscabo, por ello, del rigor científico y del completo respaldo informativo y bibliográfico que ofrecen las notas que aparecen al final del libro. Por otra parte, y sin ser con ello una obra clave, *Principles of Semiotic* es, no obstante, un libro útil y práctico para todo aquel interesado en tener una visión general y clara del papel que desempeña la semiótica —disciplina de entronque fundamentalmente filosófico— en los estudios contemporáneos del lenguaje.

Julia Lavid
Universidad Complutense de Madrid